

# BIBLIOTECA

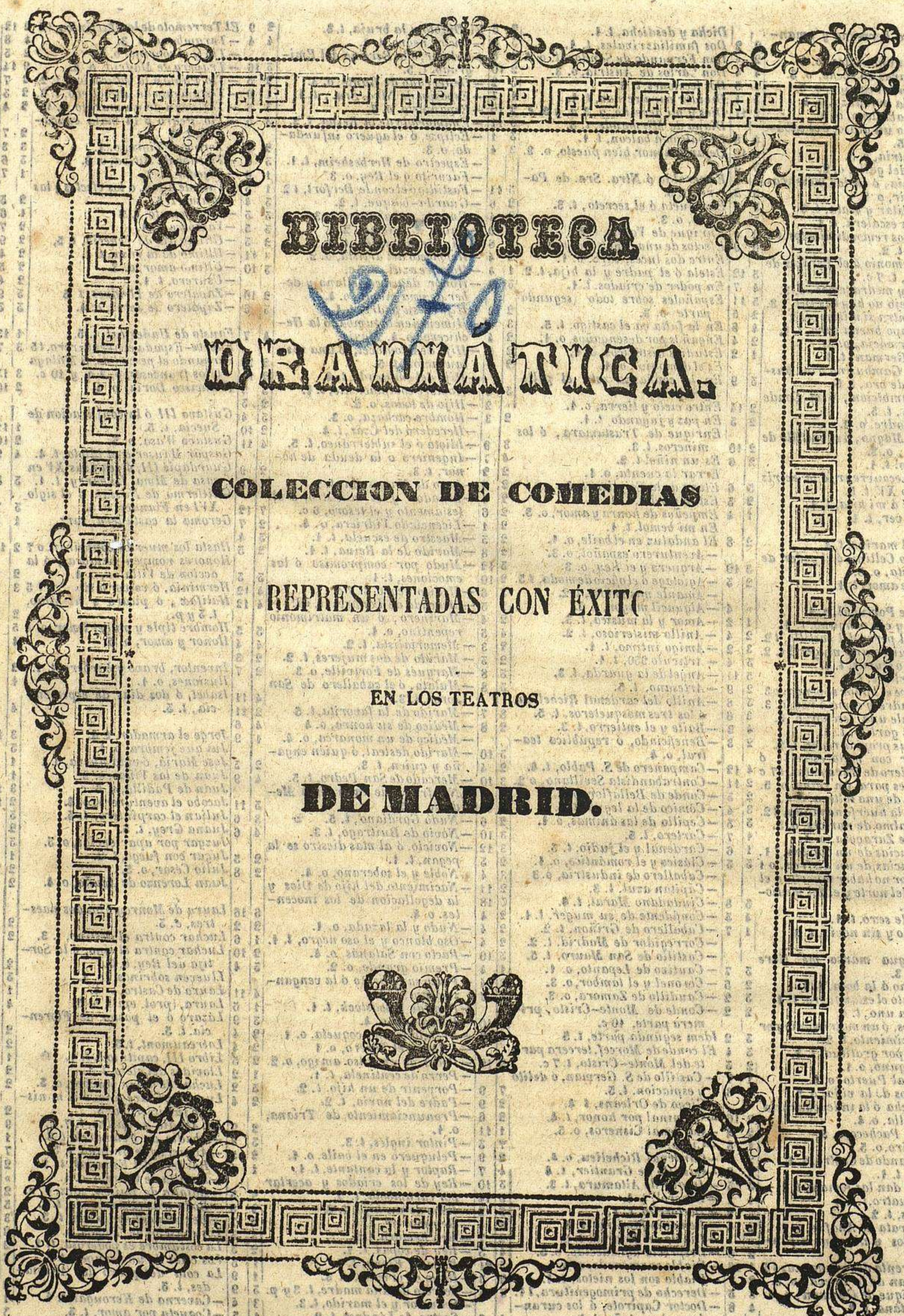
## DRAMATICA.

### COLECCION DE COMEDIAS

#### REPRESENTADAS CON EXITO

##### EN LOS TEATROS

### DE MADRID.







# LA LUNETTA DE UN TITULO.

Comedia en dos actos, original de Don Manuel Delgado Lara, representada con grande aplauso en el teatro de Sevilla el año de 1858.

## PERSONAS.

**DON PANTALEON.**  
**ENRIQUETA.**  
**ESTEFANIA.**  
**CARLOS.**  
**ENRIQUE.**  
**MARCOS.**  
**CRISPIN.**  
**DOMINGO.**

La escena es en Sevilla en casa de Doña Estefania.

## ACTO PRIMERO.

Salon decentemente amueblado. Dos puertas laterales, otra al foro, ventana a la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

**DON CARLOS**, sentado junto a una mesa y pensativo.

**CAR.** Las ocho de la mañana y aun no ha parecido Enrique! Quiera Dios que antes de ir al ensayo, venga a ver a su pobre amigo. Nunca he necesitado tanto su amistad como hoy, dia de la fecha. Es decir, que jamás me he sentido tan atormentado del hambre y de deseos de fumar. Tampoco recuerdo haber tenido menos amigos, menos dinero, menos recursos, ni mas trampas. Pero me queda el consuelo, de no ser solo en esto de tener hambre; y, lo que sobra en el mundo, por desgracia, es hambre y acrehedores. Acrehedores! Maldita semilla, que abunda y prebalece por todas partes! ¿Quién no tiene acrehedores? ¿Quién no se vé, á cada instante, perseguido y atacado por esa peste, peor cien veces que el cólera? Yo lo creo! El cólera los respeta, y huye de ellos. El cólera no puede con un acrehedor: para mi, como si no hubiese habido cólera, porque ninguno de los míos ha muerto; todos continúan llenos de salud. Y lo peor es, que se aumentan considerablemente. Vágame Dios! Pero señor, ¿es posible que un hombre de mi edad, con una mediana inteligencia, no pueda encontrar una peseta? ¿Quién tiene una peseta? Adónde han ido á parar las pesetas? Qué

se yo! Al infierno; porque yo no las encuentro. (se pasea ajitado.)

### ESCENA II.

Dicho y Domingo.

**DOM.** Señor don Carlos!

**CAR.** Qué se ofrece, Domingo? (Hasta este zopenco es mi acrehedor.)

**DOM.** Su amijá de usted don Enrique! (señalando al foro.)

**CAR.** Dile que pase: no te detengas.

**DOM.** Voy, señor Peru si quisiera usted escucharme un recadu que tenju que decirle.

**CAR.** Luego me lo dirás; anda.

**DOM.** Peru si es una cosa tan interesante...

**CAR.** Interesante?

**DOM.** Vaya si lu es!

**CAR.** Pues vamos, acaba; ¿qué es lo que quieres?

**DOM.** Que me paje su merced lus treinta barriles de ajua que me debe.

**CAR.** (Maldita sea tu casta!) Treinta barriles! Parece mentira que hubiese bebido tanta agua en tan poco tiempo! Treinta barriles! Esto es un horror!

**DOM.** Pues no hay horror que valga; treinta barriles se ha metido su merced entre pechu y espalda; lu sé muy bien: como que lus he traidu yo mismu sobre mis custillas. Allí estan apuntadas detrás de la puerta.

**CAR.** Bien, bien; anda, avisa á mi amigo; no quiero hacerle esperar.

**DOM.** Y cuando me paja su merced?

**CAR.** Cuando llegue una letra que espero de Madrid.

**DOM.** Tardará mucho, señor?

**CAR.** Bastante, los caminos son tan malos...

**DOM.** Y si hubiera fierros carriles?

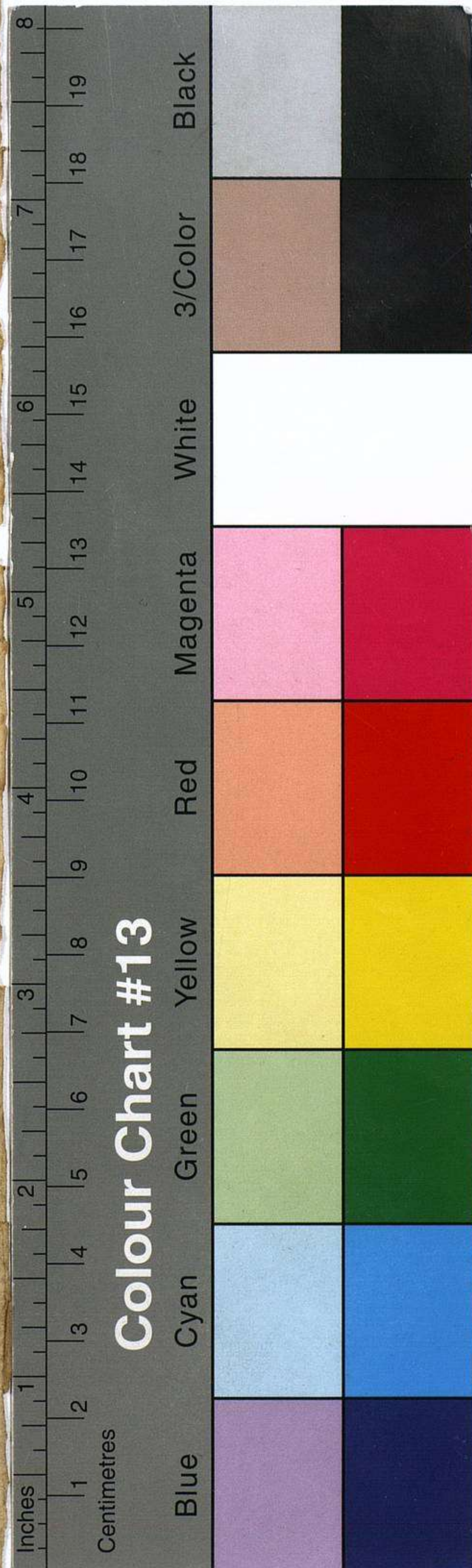
**CAR.** Llegaria mas pronto; anda. (empujándole.)

**DOM.** Que lástima! Lueju dicen algunos que lus fierros-carriles nun valen nada! Barbarus!

### ESCENA III.

Don Carlos, y á poco Don Enrique.

**CAR.** Treinta barriles! Dios mio! Cuánta agua! No sé como no me he convertido en rana! Sin embargo,



Colour Chart #13

tengo un olorcillo así... á marisco... á sardina... que me hace temer mi transmigración en sargo... en lápa... qué se yo! Lo cierto es, que tengo toda la agilidad de un sargo y el instinto de una lápa. Qué situación la mía!

ENR. Buenos días, Carlos; sabes que se necesita ser todo lo amigo que yo soy, y tener toda la paciencia que tengo para venir á verte? Entro, pregunto por ti á la patrona, y me contesta: - «¿Va usted á pagarme los tres meses de pupilaje que don Carlos me debe? - No, señora, contesto, y me vuelve la espalda. Encuentro al gallego en la escalera, y me exige qué se yo cuantas cubas de agua!..

CAR. Treinta, amigo mio, treinta! No se me olvida éste número.

ENRIQUE. Pues ni que yo fuese tu apoderado ó tubiera parte en tus atrasos!

CAR. Y qué quieres, Enrique! En este mundo, hasta ser amigo de un pobre diablo es delito.

ENRIQUE. Eso será para esa canalla; para mi es honoroso.

CAR. Eres un ángel, Enrique; un verdadero amigo! Siéntate un rato (*se sientan.*)

ENRIQUE. Muy corto será, porque se acerca la hora del ensayo, y no quisiera faltar. Vamos á ver, con franqueza; ¿cuáles son tus apuros ahora?

CAR. Los mismos que me han cercado y comprimido por espacio de cuatro meses; mi tutor, que ha huido con los pocos intereses que me legó mi padre al morir; mi patrona, que me abrumba con quejas porque la debo tres meses de pupilaje; mi zapatero, que me quiere quitar las botas porque no se las pago; mi sastre, que se niega á fiarme una levita; el padre de mi novia, que me prohíbe hablarla porque dice que no tengo sobre qué caerme muerto; mi aguador, que me pide el importe de su mercancía; y mi estómago, que me exige el sustento diario que no puedo darle.

ENRIQUE. Pobre Carlos! Todas las plagas de Faraon han llovido sobre ti.

CAR. No he conocido á Faraon, pero creo que no sufrió tanto como sufro en este momento.

ENRIQUE. Vamos, ten paciencia, y esperanza; Dios aprieta, pero no ahoga.

CAR. No? Pues tírate al río y luego me lo dirás.

ENRIQUE. No faltaria una buena alma que me ofreciese una mano, como yo te ofrezco mi bolsillo. (*presentándosele.*)

CAR. No me atrevo á aceptarlo... (*con cortedad.*)

ENRIQUE. En ese caso, perderás el único amigo que te queda en el mundo. (*resentido.*)

CAR. Ah, no! Gracias, amigo mio! Algun dia podré pagarte tanto bien!

ENRIQUE. Esto no tiene ningun mérito; cumplo con un deber el mas sagrado del hombre y... nada mas. Remediar las desgracias de mis semejantes, dar la mano al caido... ¿Hay cosa mas natural? Si no lo hiciera, sería un infame!

CAR. Admiró tu bondad; pero no dejarás de conocer, que hay en el mundo muchos nénes, que se dejarían sacar una muela, aunque no estuviese picada; antes que dar un real á un pobre, sin llevarle otro de ganancia por lo menos.

ENRIQUE. Eso es, porque sus miserables corazones son incapaces de concebir el placer que redundaría de hacer bien.

CAR. Tienes razon! Ah! Si todos los hombres tuvieran tu modo de pensar, este mundo sería un paraíso de delicias en lugar de un valle de lágrimas. No hubiera yo bebido tanta agua en tan poco tiempo; hubiera

bebido vino, del que le sobra á otros.

ENRIQUE. Qué quieres? El mundo es y será así; la naturaleza tiene sus secretos que nosotros debemos respetar, porque su penetración es muy difícil para nuestra pobre inteligencia. Sin embargo, con un poco de grandeza de alma, y otro tanto de filosofía, puede uno reposar tranquilo en éste miserable sueño de la vida.

CAR. Así será; y yo trataría de seguir tu método, si como tú, fuera galán de una compañía dramática; con doce duros diarios, vestido elegantemente, querido del público, elogiado, aplaudido!...

ENRIQUE. Pobre amigo mio, que no sabes la amargura que se encierra bajo tan brillante perspectiva! ¡Galán de una compañía dramática! Triste destino lleno de responsabilidades, que acaban por comprometer nuestra reputación! Doce duros diarios! Cantidad que apenas basta para cubrir las exigencias de la escena! Vestido elegante! A veces, antes de pagarlo al sastre, tenemos que venderlo para comprar pan á nuestros hijos! Querido del público! Tras de ese querer hay un rayo que, á la falta mas leve, se lanza sobre nuestra frente. Elogiado! Ese elogio es un veneno que agrada primero, y luego mata. Aplaudido! El aplauso es humo que se pierde en el espacio. Si, amigo mio; el camino del Teatro, está en su superficie cubierto de flores lozanas, pero bajo sus hojas no encontramos mas que espinas que punzan, víboras que pican, y veneno que destruye.

CAR. Canario! Y yo que quería lanzarme al teatro!

ENRIQUE. No te lo aconsejo.

CAR. Creía ser feliz siendo actor.

ENRIQUE. Para ser feliz en el teatro, se necesita ser un imbécil.

CAR. Vaya por Dios! Mi gozo en un pozo. ¿Conqué no hay mas remedio que seguir sufriendo insultos de mis acreedores, y por último, morir de desesperación y de hambre? Si pudiera, al menos, conseguir un empleo en Hacienda, aunque no me durara mas que un año! ¿Pero quién se acordará de mí en este mundo?

ESCENA IV.

Dichos y DOMINGO.

DOM. Yo, Señor don Carlos! (*saliendo.*)

CAR. (Demonio!) (*levantándose.*)

DOM. Yo, que vengo á decirle á su merced, que el caminu... el fierru-carril lleja ya hasta Manzanares.

CAR. Y qué quieres decir con eso?

DOM. Que prontu recibirá la letra, con la cual ha de pagarme su merced lus treinta barriles de ájua que se ha bebido.

CAR. (El diablo cargue contigo!) Toma, y no me fastidies mas; hai tienes dos pesetas.

DOM. Dus pesetas! Tantísimas gracias, Escelentísimo señor don Carlos! Dus pesetas! Dios mío! Sijun veu ha llejadu ya la letra? Cuántu me alegru. (Voy á cuntárselu á todú el mundu.) Dus pesetas! Tantísimas gracias! Ha! se me olvidaba... aqui tiene su merced una cartita de la señorita Enriqueta; me la dió en la escalera cuandu salia con su padre para ir á misa.

CAR. Gracias, Domingo! (*tomándola.*)

DOM. Y que no pase su merced fatigas por falta de ájua; yo le traeré quantus barriles quiera fiadus.

ESCENA V.

CARLOS y ENRIQUE.

CAR. Muchas gracias, hombre; muchas gracias! El diablo cargue contigo y tus barriles! (*bajando.*)

ENRIQUE. No puede ser mas complaciente y caritativo.

CAR. Sí, muy caritativo, y quiere que muera opilado!

ENRIQUE. Vaya, adios; son las diez y voy al ensayo, porque si falto, tendré que pagar la multa. Con eso te quedarás solo, y podrás entregarte a la lectura de ese billetito de tu querida Enriqueta. Hasta mas ver.

CAR. Adios, Enrique. ¿Cuándo nos veremos?

ENRIQUE. A la noche: hay funcion y puedes ir a ocupar la misma luneta del domingo; el conde, su propietario, no vendrá de Madrid en todo el mes y puedes darte tono, siendo su poseedor interino.

CAR. Corriente; así me distraeré de mis pesares; hoy que, gracias a ti, iré con la barriga llena y un buen cigarro en la boca. Verás cual me saludan, al verme sentado en la luneta del conde. La última noche, hasta las señoras de los palcos me flechaban sus jemelos! Yo no sé por qué; pero lo cierto es que, en otras noches de poca entrada, me he sentado en la luneta del maestro barbero de la correduria, y nadie me hizo caso!... Desde que ocupó la del Conde, todo el mundo me saluda, y... ¡Oh poder de la adulacion! Creerán que tengo relaciones con ese título, y por eso...

ENRIQUE. ¡Allá! Eso me hace concebir un plan, que puede ser de utilidad. Tiene dinero el padre de tu amada?

CAR. Qué si tiene?... Es un agente de negocios, con muchísimas peluconas.

ENRIQUE. No es malo saberlo; adios.

CAR. ¿Qué piensas hacer?

ENRIQUE. Nada; ya lo sabrás; hasta la noche.

CAR. No faltaré.

ESCENA VI.

CARLOS.

CAR. Qué habrá proyectado mi amigo? El es vivo de jenio, y muy acertado en lo que se propone. Sea lo que quiera, confio en que no dejará de obrar en mi favor. Es un amigo, un verdadero amigo! Me dió tres duros, sin dejar que le diese las gracias. Es lo que se llama un buen amigo, á quien se debe estar agradecido. Léamos esta esquila que me ha mandado Enriqueta en contestacion á la que yo le remití. (*lee.*) Querido Carlos: «Me encuentro resuelta á satisfacer sus deseos, pasando á su habitacion en cuanto mi padre se quede durmiendo la siesta, como acostumbra; en la confianza de que no faltareis nunca á vuestro deber de hombre honrado, ni hareis desmerecer el buen concepto que tengo formado de vos: Enriqueta.» — Bien puede confiar. Soy incapaz de faltar al respeto á ninguna señora; bonito genio tengo yo para eso! Yo, que tiemblo delante de una mujer, como un recluta cuando se bate por la primera vez! Me parece regular que pensemos en almorzar alguna cosa. Estoy desfallecido: desde ayer á medio dia, no he tomado nada. Que vida la mia! En fin, vamos á llamar á doña Estefania, para que me mande con Domingo el almuerzo... el cual tendré que pagarle adelantado, porque no se fia de mí. Saquemos un napoleon del porta-monedas, para que no se figure que tengo mucho dinero y armemos camorra. Pero quién lle-

ga? Es doña Estefania! Mi patrona! Gruñendo como siempre!

ESCENA VII.

CARLOS y DOÑA ESTEFANIA.

EST. (*Ha recibido una letra, segun dice el gallego; disimulemos.*) Buenos dias, don Carlos; qué tal? Se ha dormido bien? Habéis pasado buena noche? Creo que si, porque tenéis unos colores hermosísimos! Alguna novedad debe haber ocurrido desde ayer acá porque ha variado mucho su semblante de usted.

CAR. Tengo buen color, hé? Son los síntomas de un hambre de mas de treinta grados, que me atormenta; otros se ponen amarillos, pero á mi me sucede al contrario.

EST. (*Esa no cuela!*) Con que no hay ninguna novedad particular?... Pues yo creí que...

CAR. No hay mas, sino que quiero almorzar, y espero de su amabilidad me mande con Domingo un excelente almuerzo... pagándolo adelantado, por supuesto.

EST. (*Se vendió él mismo; bien dijo el gallego.*)

CAR. Ahí va un napoleon; conque vamos á ver, señora Estefania, daos prisa, porque tengo una debilidad!... (*le dá el napoleon.*)

EST. Debilidad? Pues como no tome usted otro desayuno que el que yo le remita, me parece que!... (*bur-lándose.*)

CAR. Cómo!

EST. Lo que es en mi casa no come usted; al menos hasta que me pague lo que me debe.

CAR. Señora Estefania, por María Santísima! ¿Qué quiere usted hacer conmigo? Me vá usted á asesinar?

EST. Yo no asesino ni he asesinado á nadie; conque cuidadito con lo que se dice, porque tendrá usted que hacérmelo bueno. Vaya. Yo soy cristiana vieja!

CAR. (*Lo que es vieja, ya lo estoy viendo; pero cristiana!...*) Señora, digo asesinar, porque quitarme el almuerzo, es matarme; no vé usted que tengo el estómago pegado al espinazo?

EST. Nada tengo que ver con su espinazo de usted.

CAR. Y con mi estómago?

EST. Tampoco, los hombres que faltan á las consideraciones, y no pagan sus deudas, no debian tener espinazo, y estómago mucho menos.

CAR. (*De algunas fatigas me hubiera librado!*) Y las mujeres que no tienen caridad ni respeto á la desgracia, no debieran tener pelo en la cabeza. (*alterado.*)

EST. (*Si sabrá que gasto peluca!*) ¿Por qué me dice usted eso?

CAR. Por qué ha dicho usted lo otro?

EST. Yo? Porque usted no ha obrado bien: porque ha recibido una letra de dos mil reales, por ferrocarril, y no se ha dignado siquiera decirme, señora doña Estefania Pancorbo y Fuente-fresca, ahí tiene usted un mes de pupilaje, de tres que le debo. Entonces yo hubiera conocido su hombría de bien, y tal vez le hubiera dado una taza de café, sin llevarle nada. Pero ocultar el dinero, con intenciones de no pagarme, es la mayor de las villanias. Eso no lo hace un hombre blanco.

CAR. Señora, yo soy moreno, y sin embargo, no soy capaz de hacer semejante picardiguela.

EST. Caballerito! Cuidado con propasarse. ¡Picardiguela! Ya se guardaria usted muy bien.

CAR. Eso por supuesto; pero quiero decir, que no he

## La Luneta de un título.

recibido semejante letra, pues en ese caso, ya le hubiera satisfecho cuanto la debo.

EST. Esa no cuela; me lo han dicho de positivo.

CAR. Quién?

EST. El gallego, á quien dió usted dos pesetas.

CAR. (Maldito gallego!) Vea usted los inconvenientes de ser un hombre de bien! Si no le hubiese dado lo que le debo, no me vería ahora en este caso.

EST. Pues bien, ¿de dónde ha sacado usted este dinero?

CAR. Del bolsillo. (con calma.)

EST. Y ¿quién le ha dado á usted ese bolsillo?

CAR. Es usted mi confesor? (exaltándose.)

EST. Tengo derecho á serlo; conteste usted.

CAR. Me lo ha dado mi amigo Enrique. (con paciencia.)

EST. Mentira.

CAR. Señora, mire usted que me falta la paciencia, y que voy á echar los trastos á rodar! (colérico.)

EST. Insolente! Despues de no pagarme quiere romperme los muebles?

CAR. (No me entiende! Es para pegarse un tiro!)

EST. Vea usted el miserable!

CAR. A que la doy un coscorron?

EST. Un coscorron á mi; Já, já! Guárdese usted para almorzar, que falta le hace. Já, já, já! (marchando.)

CAR. Se burla!

EST. Despues le traeré un palillo para los dientes.

CAR. Maldicion! (dando un paso.) Pero ¿qué voy á hacer? Yo tengo la culpa; ¿quién me mandó pagar al gallego?

EST. No señor: la culpa la tengo yo en haber recibido en mi casa un hambriento semejante. (vase.)

### ESCENA VIII.

CARLOS, desesperado, despues de una pausa.

CAR. Una pistola! ¿Quién tiene una pistola? Treinta y tres reales doy por una pistola. Quiero desayunarme con ella!... Pero no: debo matar antes al gallego; debo vengarme de doña Estefania... de todo el mundo. (pausa.) Vamos á la fonda, á ver si con mil demonios puedo comer alguna cosa con el dinero que me queda, y con eso tendré mas fuerzas para matar al gallego. Lo mato, como dos y tres son siete!... Digo, son... en fin lo que sea. (se pone la levita dejando la chaqueta sobre una silla.) Ya estamos listos; quiera Dios que no me encuentre al zapatero en la calle, y me quite las botas, porque me tiro al rio de cabeza. Siempre salgo por el jardin, pero ahora... por no pasar por delante de la habitacion de Enriqueta con esta facha... ¡Qué desgraciado soy! Marchemos. (vase.)

### ESCENA IX.

ESTEFANIA, foro izquierda.

EST. Adonde irá ese demonio tan deprisa? Se vá á matar por la escalera. Dios mio! Qué hombre! Sin duda va á comer á una fonda. Es un picaro petardista; un culebron de los muchos que andan por el mundo. Recibir una letra de dos mil reales, y no darme un cuarto, á mi, que le he mantenido tres meses! Si pudiera saber dónde tiene el dinero, le haría un embargo ahora mismo. Pero qué!... Se lo habrá llevado. Aquí está su chaquetilla... puf! Como huele á miseria! Bien dicen, que la pobreza es tan repugnante y tan terrible como una epidemia. Pero... Dios mio, qué es esto? Un bolsillo!... Un

bolsillo con dinero! Qué fortuna! Se lo ha dejado olvidado el picaron! A ver si es oro!... Si lo es, pleito por menos. Nada; plata solo; treinta y tres reales! Sin embargo, los descontaremos de la cuenta. Siento ruido! ¿Quién será? Qué veo? Es Enriqueta! La hija del agente de negocios que habita el cuarto principal! Viene hacia aquí! Observemos. (se oculta puerta izquierda.)

### ESCENA X.

ESTEFANIA, oculta, y ENRIQUETA.

ENRIQUETA. Don Carlos! (á media voz.) Don Carlos! No está! Habrá recibido mi carta? Domingo es muy exacto en estas cosas, y no habrá dejado de dársela. Don Carlos! Estará en este cuarto? Está cerrado! Parece que sujetan la puerta por dentro! Don Carlos! Por Dios! Cielos! Siento ruido. (llamando.) Vienen! Será mi padre? Dónde me escondo? En este gabinete. (puerta derecha.)

EST. Esto pica en historia. (se oculta.)

### ESCENA XI.

Dichas y CARLOS, descalzo y como pidiendo para una misa.

CAR. Maldicion! Infierno! Destruccion! Por fin he llegado! No puedo respirar. (se arroja en una silla.) Me parece mentira! Qué vergüenza, Dios mio! Descalzo por la calle, como un granuja! Qué humillacion! Era lo único que me faltaba. Pero señor, ¿habrá hombre mas desgraciado? Salgo de casa, ocultándome lo posible por no encontrar mis acreedores; llego á la fonda mas inmediata, pido una racion de carne y una rosca; mientras me la traen, busco mi bolsillo, para ver hasta donde podia estenderme, y no le encuentro registro hasta lo mas escondido, y... nada; recuerdo haberlo dejado en mi chaqueta, y trato de escurrirme, por no verme abochornado delante del mozo de la fonda, que llegaba con el plato; ya en la puerta, y á tiempo de encasquetarme el sombrero, porque no me conocieran, un mastin se me mete entre las piernas y me hace dar de hocicos en medio del arroyo. Voy á levantarme, apoyado por una mano bigorosa, que me suspendia de la levita, y me encuentro con mi zapatero que me dice con sorna. — Me alegro! — Yo no! — Le respondí. — Me he roto una espinilla! — No, si de lo que yo me alegro es, de haberle encontrado! — Sea enhorabuena. — Deme usted tres duros. — No tengo! — Pues deme usted mis botas. — No puedo. — Se las sacaré á pedazos. — Por Dios! — Mis botas! — No grite usted, que se va á reunir jente! — Mis botas! — Tómelas usted. — Así; páselo usted bien. — Vaya usted con Dios. — Y me quedo en medio de la calle, descalzo y en la mayor consternacion. De pronto se me ocurre una idea, que me repone de aquella actitud humillante; saco el pañuelo, le anudo las puntas, y tomando la acera de la derecha, con aire religioso, llego hasta aquí pidiendo para una misa por el alma de mi abuela. Qué tal? Hay un lance mas apurado? Si siquiera hubiese recogido dos ó tres duros, vaya en gracia! Pero... nada, catorce cuartos por junto.

ENRIQUETA. (No siento hablar; se habrán marchado!) Carlos, es usted? (saliendo.)

CAR. (Jesucristo!) (sin saber que hacer.) Una limosnita para una misa por el alma de su abuela!... Digo, de la... de los... perdon, Enriqueta! No sé lo

que me digo; perdon! (cayendo de rodillas.) (Qué vergüenza!)

ENRIQUE. Pero, ¿de qué, Carlos? Cálmese usted; eso no tiene nada de particular. Pedir una misa por voto de penitencia, es muy agradable á los ojos de Dios. Vaya, tome usted; yo también quiero contribuir á tan buena obra. (le echa un napoleon.)

CAR. Gracias, Enriqueta! Dios se lo premie, y se lo dé de gloria. (deja el pañuelo.)

ENRIQUETA. Y ha salido usted descalzo? Pobre Carlos! Cómo tendrá usted los pies!

CAR. Hechos una llaga. Figúrese usted!... pero así hice la promesa... y...

ENRIQUETA. Ya lo creo; así debe cumplirse. ¿Y cuánto ha recojido usted?

CAR. Que cuánto?... Catorce cuartos, señorita!

ENRIQUETA. Ave Maria purísima!

CAR. Si, señora, catorce cuartos. Estan muy malos los tiempos, y no hay quien dé un ochavo para estas cosas.

ENRIQUETA. Vaya por Dios! Pero vamos á otro asunto. Ya vé usted cómo he venido á la cita, confiada en su buena fé. Mi padre quedó durmiendo, pero como sospecha que nosotros nos hablamos, á pesar de su prohibicion, si se despierta, es fácil que venga á buscarme, y entonces... Jesús!

CAR. Entonces le diria á don Pantaleon que la quiero á usted, que la adoro, y necesito casarme con usted inmediatamente; lo mas pronto que se pueda.

ENRIQUETA. Es imposible que mi padre consienta, como la suerte de usted no cambie. Dice que es usted pobre; que no goza simpatias con ninguna persona de suposicion, que no tiene ningun pariente diputado, ministro, en fin, que no se acuerda nadie de usted.

CAR. (Para fastidiarme, todo el mundo se acuerda.) Y qué he de hacer, Enriqueta? Tengo la culpa de que la suerte sea tan tirana para mi? Soy de buena familia; tenia algunos intereses, y mi tutor se los ha llevado, huyendo yo no sé dónde. ¿Puedo acaso remediarlo? En siendo hombre de bien, y teniendo lo necesario para casarme, ¿qué mas puede apetecer?

ENRIQUETA. Pues eso es lo malo; dice que carece usted de lo necesario para casarse.

CAR. Cómo! ¿De dónde saca su padre de usted?... ENRIQUETA. Lo necesario? Ya quisiera yo que lo tubiese usted como lo tiene mi papá, y como lo tengo yo, porque al fin, soy su única heredera.

CAR. Vamos á ver, hoy dia dicen se casa un hombre con poco mas de nada. El caso es casarse.

ENRIQUETA. El caso es tener con qué vivir, dice mi papá; unir los intereses del esposo á los de la esposa, y formar un gran capital que haga la fortuna de ambos. Pero yo no soy de su opinion; no vacilaria en darle á usted mi mano, aunque fuera mas pobre que las ratas.

CAR. Gracias, Enriqueta; es usted un ángel. (la besa la mano)

EST. (Ah, tramposo! Ahora me las pagarás. Voy á llamar á don Pantaleon? (se desliza por el foro sin ser vista.)

CAR. Si, Enriqueta, sois el ángel de mis ensueños; (vuelve á besarla la mano.)

ENRIQUETA. Basta, don Carlos. Me retiro; hasta luego! (se levantan.)

CAR. (Si, es mejor; porque con el hambre que tengo, y estas sensaciones, puede atacarme... Cielos.) (viendo á don Pantaleon.)

ESCENA XII.

Dichos, DON PANTALEON y DOÑA ESTEFANIA.

ENRIQUETA. (Mi padre!...)

CAR. (Continuan las emociones.)

PAN. Los dos juntos, á pesar de mi mandato! (bajando.) Dígame usted, señor... mequetrefe; ¿no le he dicho, que la primera vez que le sorprendiese hablando con mi hija, le cortaba una oreja?

CAR. Si, señor. (resignado.)

PAN. Y cree usted poder salir de aqui con ella?

CAR. Con su hija de usted? (sencillamente.)

PAN. Con su oreja...

CAR. Con la oreja de su hija!

PAN. Con la de usted!

CAR. Con la mia, si señor.

PAN. Pues está usted equivocado; hice voto de cortarle una oreja, y tengo que cumplirlo. Qué es eso?

CAR. Por qué está usted descalzo?

CAR. Porque tambien hice voto de pedir una misa, y he tenido que llevarlo á cabo. Conque si se digna usted echar en este pañuelo un par de orejas... digo, un par de napoleones, Dios se lo tendrá en cuenta.

PAN. Eso es otra cosa; allá ván. Las buenas obras antes que todo. (los echa.)

CAR. Gracias. (Del mal el menos.)

PAN. Ha cumplido usted su voto?

CAR. Si señor.

PAN. Ahora me toca cumplir el mio.

ENRIQUETA. Papá! (interponiéndose.)

PAN. Silencio, infame!

CAR. Déjele usted, Enriqueta, déjele usted que me corte lo que quiera; las orejas no me sirven para nada. Además, estoy tan desesperado, que si me cortara la cabeza, no lo sentiria tampoco.

ENRIQUETA. Pero, desgraciado, se vá usted á quedar muy feo!

CAR. Mejor, muchos han hecho suerte con eso.

EST. Vamos, señor don Pantaleon, tenga usted compasion de este pobre mozo. Un corte de orejas, si hay resistencia, es muy incierto; puede usted matarle y entonces todos perderiamos.

CAR. Gracias, señora Estefania!

EST. Con siete u ocho garrotazos que usted le dé, habrá purgado su delito.

CAR. Si no se llevan de aqui á esta bruja, pierdo los estrivos, y entonces ni un escuadron de cosacos me corta las orejas! Pronto, que se lleven á esa vieja! (colérico.)

EST. Insolente!

CAR. Mire usted que tengo mucha hambre, y me la voy á comer cruda! Vayase usted!

EST. Ya me voy; pero mañana mismo sale usted de mi casa, despues de pagarme, ó lo pongo en un presidio.

PAN. Con que tambien tramposo! Y tiene valor de solicitar á mi hija en matrimonio! Qué se ha figurado usted, caballero?

ENRIQUETA. Pero padre!...

PAN. Calla la boca, hija desnaturalizada! Y usted, caballero, prepare dos pistolas porque mañana nos batimos.

CAR. No tengo pistolas.

PAN. Comprárlas.

CAR. No tengo dinero.

PAN. Yo las traeré.

CAR. Corriente.

PAN. A qué hora?

CAR. Despues de almorzar. (Este es el modo de evitar una desgracia; no tendré que almorzar regularmente.)

PAN. Hasta mañana.

CAR. Vaya usted con Dios.

ENRIQUETA. (Carlos, por Dios!)

CAR. (No tenga usted cuidado; yo no almuerzo hasta la Pascua.)

PAN. Vamos, niña, vaya usted delante.

ENRIQUETA. Obedezco, papá.

### ESCENA XIII.

CARLOS, (pausa.)

CAR. Y habrá quien apetezca la vida? Quien quiera ser hombre! No seria mucho mejor que hubiese nacido tigre, oso, pantera... Qué felicidad si hubiese nacido pantera! Cuánta sangre derramaria en esta casa! Treinta cubas no bastarian para contenerla! Pobre gallego entonces!... Pobre doña Estefania! Me la sorbia como un huevo pasado por agua! Con ella reforzaria este débil estómago.

### ESCENA XIV.

CARLOS, y MARCOS.

MAR. Señor Carlos, aqui estoy yo.

CAR. (Siguen las emociones.) Tome usted asiento.

MAR. Para percibir dinero no se necesita sentarse: vengo á cobrar los tres duros que restan de la levita. Me han dicho que ha recibido usted una letra de cuatro mil reales y por eso...

CAR. (Aprieta!) Y quién le ha dicho á usted?...

MAR. El gallego que sirve en esta casa; el que le trae á usted el agua; Domingo.

CAR. (No hay remedio; ese gallego debe morir: es la causa de todos mis apuros!)

MAR. Conque... tres duros! (poniendo la mano.)

CAR. Allá van. (Los pagaré con el dinero de la misa.) Tome usted, amigo, cuente usted. (dá dinero.)

MAR. Aqui saltan once cuartos y medio.

CAR. Allá van. ¿Dónde está mi chaqueta? Aquí. Cielos! No está mi bolsillo! Me han robado mi bolsillo!

MAR. Esa es una excusa por no darme mi dinero. Pues no se lo perdono; tanta rateria, teniendo cuatro mil reales.

CAR. Salga usted de mi casa, ó le rompo la cabeza! (cojiendo una silla.)

MAR. Bueno; pero me llevo el pañuelo hasta que usted me abone los once cuartos y medio.

CAR. Llévase lo que quiera, pero quítese usted de mi presencia. (en extremo colérico.)

### ESCENA XV.

CARLOS, despues de una pausa.

CAR. Está visto, no puedo seguir asi; esta vida es insostenible! El horizonte de mi porvenir es oscuro... horroroso! Cuantos me rodean me atacan, me asesinan! Acabemos de una vez; el suicidio es mi único recurso: muramos. Asi descansaré y dejaré burlados á mis acreedores. Manos á la obra; cerraré la puerta para que no vengan á interrumpirme. Ya está. Esa ventana dá al jardin... ocho varas de altura y una pared limpia... nadie podrá incomodarme. Qué veo! Estos cordeles de Domingo me vienen perfectamente para ahorcarme. Pícaro gallego! Hasta me proporciona lo necesario para mi muerte! Si lo llego á ver en el otro mundo!... Concluyamos; un lazo es-

curridizo y... pero Dios mio!... me voy á quedar muy feo! Se van á reir de mí!—Aqui tengo una pistola cargada. (sacándola.) La preparo... apunto... disparo!... Ahí está lo difícil, disparar... No me falta valor, pero estoy temblando! La conciencia! El crimen! Siento pasos... ya se acercan... son mis acreedores... tocan á mi puerta... (suenan golpes.)

EST. Don Carlos! (dentro.)

DOM. Señor don Carlos! (llamando.)

CAR. Ahí están; huyamos!... Por aquí!... Ampárame, Dios mio!... (fuera de sí.)

(Se arroja por la ventana, y suena el ruido propio de un cuerpo que cae al agua; golpes al foro y cae el telon.)

### FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ESTEFANIA, DON PANTALEON, ENRIQUETA, ENRIQUE, DOMINGO, y un criado sacando en un sillón, á DON CARLOS, desmayado.

PAN. Traed aqui á ese pobre diablo.

ENRIQUETA. (Pobrecito!)

DOM. Comu pesa! (lo colocan en medio.)

EST. Milagro ha sido haberlo salvado; si no llegamos á tiempo se ahoga.

ENRIQUE. Vamos, llevadlo á su alcoba para mudarle de ropa. Esa frialdad puede perjudicarle.

DOM. Andandu. (lo llevan.)

ENRIQUE. Pobre amigo mio!

### ESCENA II.

DON PANTALEON, ENRIQUETA y DOÑA ESTEFANIA.

EST. Pero ¿cómo habrá sido?...

PAN. Muy sencillo; al verse tan miserable, ha llegado al colmo su desesperacion, y ha tratado de suicidarse arrojándose por esa ventana.

ENRIQUETA. (Desgraciado!)

PAN. Por fortuna, la alberca que está debajo contenia el agua suficiente para impedir el golpe que, sin duda alguna, hubiera causado su muerte. Sin embargo, á no encontrarme en el jardin, sabe Dios lo que...

ENRIQUETA. (Pobrecito mio!)

EST. Qué diablura! Tras de no pagarme lo que me debe, ha querido comprometer mi casa. La justicia hubiera tratado de averiguar el hecho, y mientras tanto, se hubieran ido comiendo hasta el último ladrillo de mi propiedad. Me arruinarian sin remedio. Y todo, por qué? Por tener consideraciones y... nada, ésta misma noche duerme en medio de la calle.

ENRIQUETA. Vamos, doña Estefania, sea usted mas humana; tenga compasion de ese infeliz.

PAN. Calla la boca, niña! Tú nada tienes que ver con eso! Además, ignoras que de la compasion nace el desinterés, y de éste la ruina de una familia.

EST. Tiene usted razon; yo conozco algunos que se han arruinado por ser compasivos. Y eso no es razon; cada cual debe contentarse con su suerte, y disfrutar de lo que Dios le haya proporcionado.

ENRIQUETA. No diria usted eso si mañana cambiara la suya, y se viera en el estado en que se encuentra ese infeliz.

PAN. Niña, ya te he dicho que te calles! Con esas ideas vas á causar tu infelicidad.



ENRIQUETA. Como yo no creo que se encuentra la felicidad en la riqueza!...

PAN. Dale! Parece que no me entiendes! Que no vuelvas á despegar tus labios. Esas ridiculas ideas, esas proposiciones descabelladas, me lastiman, me hacen daño; yo no sé dónde has aprendido...

ENRIQUETA. Esto no se aprende, papá; esto nace del corazón. Infeliz del que no participe de tan nobles sentimientos!

PAN. Silencio! Sígame usted á su cuarto; yo haré que me obedezca en lo sucesivo; tres días á pan y agua, le harán callar cuando yo se lo mande.

EST. (*interponiéndose.*) Señor don Pantaleon!...

PAN. Mi resolución es irrevocable!

EST. Haga usted lo que guste. (Esto es parte también de la economía.)

PAN. Pronto, á su cuarto.

ENRIQUETA. Obedezco.

ESCENA III.

Dichos, DON ENRIQUE, DOMINGO y el criado.

ENRIQUE. Ya queda mi amigo restablecido de su desmayo, y en completa tranquilidad.

PAN. Me alegro; yo me retiro á mi habitación con mi hija, puesto que no somos necesarios.

EST. Y yo á cuidar de la comida.

DOM. Y yo por ajua.

ENRIQUE. Y yo á escribir al padrino de mi amigo Carlos, dándole parte de lo ocurrido.

TODOS. He? (*volviendo.*)

PAN. El padrino de don Carlos!

ENRIQUE. Si, señor; el conde de...

PAN. Cómo! ¿Será cierto lo que se decía la otra noche en el teatro?...

ENRIQUE. Qué?

PAN. Al ver á don Carlos ocupando una luneta, cuya propiedad pertenece á un gran personaje, se dijo que muy pronto cesarian sus desgracias, puesto que el Conde lo habia tomado bajo su protección, nombrándole su secretario privado... pero no di crédito...

ENRIQUE. Hizo usted muy mal; porque es la pura verdad cuanto decian.

PAN. Será posible!

ENRIQUE. Si, señor; el Conde ha jurado protegerlo por simpatía... ó por qué sé yo qué parentesco que le liga... Lo cierto es que le ha nombrado su secretario privado, mandándole que inmediatamente parta para la corte, donde le espera.

EST. (Qué escucho!)

PAN. Ese Conde dicen que está muy relacionado con el actual ministerio.

ENRIQUE. Yo lo creo! Como que la Reina le admite en su consejo privado, y admite sus consejos como si fueran oráculos; y el gobierno acata sus mas leves caprichos.

PAN. Luego la amistad de don Carlos...

ENRIQUE. Puede ser de la mayor utilidad para aquellos que logren cultivarla.

PAN. Diablos! Yo que queria cortarle una oreja esta mañana!

EST. Yo que estaba tan empeñada en echarlo á la calle!...

DOM. Y yo que le exiji el pagu de las treinta cubetas de ajua!

ENRIQUE. Buena la han hecho ustedes! Y mi amigo que es tan vengativo!

TODOS. Cómo!

ENRIQUE. Pobres de sus enemigos, si llega á dar la menor queja al Conde!

EST. San Telmo!

DOM. De ésta echa voy á presidio!

PAN. Y qué nos aconseja usted, señor don Enrique?

ENRIQUE. Yo? No sé... Está muy quejoso con ustedes, y si no le desagruvan antes que parta para la corte, puede que les cueste cara la broma. Y el Conde que es tan terrible!

EST. Dios nos favorezca!

PAN. Pero qué haremos, señor, qué haremos?

ENRIQUE. No lo sé; componganse ustedes como puedan; yo no me atrevo á mediar, por no granjearme su cólera. Es amigo y puede servirme de mucho. Conque .. hasta mas ver. (Dejo aplicada la mecha, veremos si cunde el fuego.)

ESCENA IV.

Dichos, menos ENRIQUE y el CRIADO; (*pausa*)

PAN. Doña Estefania!

EST. Don Pantaleon!

PAN. Habremos cometido una necesidad que nos cueste cara?

EST. Tal me lo temo.

DOM. Y yo. (*poniéndose en medio.*)

PAN. Calle usted la boca.

DOM. Ya estoy callado.

EST. Y qué hacemos?

PAN. Desagraviarle á toda costa.

ENRIQUETA. (Dios mio!) (*alegre.*)

EST. Bien pensado; voy á prevenirle la comida; está enfadado conmigo, pero tiene hambre, y de este modo le tapo la boca.

PAN. Y yo á que estienda el contrato de matrimonio con mi hija, porque un yerno asi puede serme muy útil.

ENRIQUETA. (Cielos!) (*alegre.*)

DOM. Yo le llenaré la tinaja de ajua fresca.

EST. Tiempo tienes de eso; ahora quédate aqui por si te necesita para algo.

PAN. Bien pensado; á ver si podemos captarnos su voluntad.

DOM. Está bien. Quedaréme á cuidarlo.

EST. Y ten entendido, que no le desobedezcas en nada, porque ha sufrido mucho, y es menester consolarle. Haz bien, y no mires á quien, dice el refran!

ENRIQUETA. (Vieja marrullera!)

EST. Cierra esa ventana, no le dé un aire! Cuidado! (*vase.*)

PAN. Cuidado! (*vase.*)

ESCENA V.

Dichos y DON ENRIQUE leyendo un drama.

DOM. Pues señor, no me pesa quedarme aqui, para ser el primeru en felicitarle, y en granjearme su cariño. Si lo lugrara qué feliz sería! Si le diera la humorada de darme una plaza en sus caballerizas!... Aqui viene; qué distraido!... Observemus. (*se retira.*)

CAR. (*leyendo.*) Qué carga tan insufrible es el ambiente vital,

para el mezquino mortal

que nace en signo terrible!

Qué oscuridad tan horrible

la breve vida! Este mundo

qué calabozo profundo

para el hombre desdichado,

« á quien mira el cielo airado con su ceño furibundo! — (representa.)  
 Qué grandeza, qué verdad hay en estos versos! Parece que se han escrito para mí, según convienen con mi triste situación! Gloria al distinguido poeta que ha sabido, tan lacónicamente, pintar todo el horror de mi triste posición! — (lee.)

« Parece, si, qué á medida que es mas triste y mas amarga, mas estiende, mas alarga el destino nuestra vida!  
 « Si nos está concedida solo para padecer, y debe muy breve ser la del feliz, como en pena de que su objeto no llena, terrible cosa es nacer! — (representa.)

Ah! No sé lo que siento al leer estos versos! Una pena, una congoja, una opresión en el corazón... (deja el libro.) Quisiera llorar!... Voy á cerrar la puerta para desahogarme un rato. Necesito llorar! (volviéndose.)

DOM. Tiene usted calor, señor don Carlos?

CAR. Há velitre! Te voy á desollar... (furioso.)

DOM. Qué le ha dado á este hombre! Se ha vuelto loco! (sorprendido y corriendo.)

CAR. Birrrrr!! (bramando y fuera de sí.)

DOM. Está rabioso! Socorru!

CAR. Si, te voy á matar! Tu muerte esta decretada! Cómo quieres morir?

DOM. Canastus! De ninguna manera, escelentísimo señor don Carlos! Conque cuando yo venia á darle la enhorabuena...

CAR. De qué? Por qué? (parándose.)

DOM. Por su nuevo empleo de secretario privado del Conde de...

CAR. De qué? Quién te ha contado ese cuento?

DOM. Nu es cuento, Señor; su amigo de usted don Enrique, se le ha contado á don Pantaleón, éste á doña Estefania, ella á mí, y yo le contaré á todo el mundo. Ya nun puede negarle V. S.: tanto mas, cuanto que le han vistu en el Teatru ocupandu el asiento del Conde.

CAR. (Qué oigo! Esta es una broma de Enrique! Podrá servirme al menos para calmar mis penas? He aquí mi venganza.)

DOM. Cunque me alegu mucho...

CAR. Gracias; pero quitate de mi vista. (con majestad.)

DOM. Voy á servir á V. S. como un perro de ajua, Esclentísimo Señor! (saludando.)

#### ESCENA VI.

Dichos, y Doña ESTEFANIA, peripuesta.

EST. Me alegro de encontrarle á usted, señor don Carlos. Quisiera ser la primera en felicitarle por su nuevo destino, y por el favor que goza con el Conde. Pero antes le pido mil perdones por haberle tratado tan mal ésta mañana. Qué quiere usted! No conocia su caballerosidad, y como hay tan mala jente en el mundo!... Tantos petardistas!... Pero me retracto de todo, y espero su perdón para mandarle la comida con Domingo.

CAR. Está usted perdonada; venga la comida.

EST. Al instante; Domingo, ven á servir al señor don Carlos.

DOM. Comu, Esclentísimo Señor!

CAR. Corriendo! (con afectacion.)

EST. En seguida! (id.) Ah! Tome usted su bolsa, que me encontré paseando por...

CAR. Por mi faltriguera? (Agradece á que me vas á dar de comer, que sin!...)

EST. Vamos, Domingo.

DOM. Cumu un perru de ajua!

#### ESCENA VII.

CARLOS, solo y estupefacto; despues MARCOS.

CAR. Qué es lo que me pasa, Dios mio! Estaré soñando! Qué metamorfosis es ésta? En qué vendrá á parar esto? En lo que quiera. Estoy decidido á todo, por vengarme de la humanidad. Comamos ahora, y despues sea lo que Dios quiera; quién viene? La sopa?... No; el sastre! Como me hable gordo, lo mando á presidio.

MAR. Da usted su permiso? (con respeto.)

CAR. Adelante. (Que me querrá este caribe?)

MAR. Señor don Carlos, he recapitado en la accion que cometí con usted, ajena por cierto de mi buen corazón, y vengo á repararla y pedirle perdón, devolviéndole el pañuelo y los tres duros que me dió. Además, dentro de poco estaré de vuelta con un vestido completo, para que se lo ponga en seguida. Advirtiéndole, que no necesito dinero por ahora.

CAR. Pero hombre; y si no puedo pagarle?

MAR. No faltará quien lo abone por usted. Hasta despues, señorito. — Me perdona usted?

CAR. (Va á trae me un vestido!) Estais perdonado.

MAR. Y recibirá usted el traje?

CAR. Lo... recibiré. (con dignidad.)

MAR. Gracias, señor mio. Beso á usted la mano!

CAR. Vaya usted enhorabuena.

DOM. (con platos.) La sopa, Esclentísimo Señor! (vase.)

MAR. (Esclentísimo Señor! No hay duda; éste hombre puede servirme de mucho!)

#### ESCENA VIII.

CARLOS, paseándose alegre.

CAR. Pues señor, siga la broma. Todo ha cambiado como por encanto. Semejante jente merece que se las embrome, sin cargo de conciencia. Vamos á comer... me parece mentira! Ah! querido amigo, cuántas gracias tengo que darte por tu travesura! Se estará enfriando. (se sienta á comer.) Nos daremos ton, dure lo que dure.

#### ESCENA IX.

CARLOS, DOMINGO, con platos y CRISPIN.

DOM. El zapatero de su esclencia.

CAR. Que pase adelante. (Ahora veras!)

CRIS. Señor don Carlos, aqui me tiene V. S. de rodillas, llorando de arrepentimiento, y esperando su perdón por el atropello que cometí con V. S. esta mañana, quitándole las botas en medio de la calle. (vase Domingo.)

CAR. (Pillo!) Confesais que fué una barbaridad?

CRIS. Si señor: soy el zapatero mas animal que se conoce. Pero quisiera reparar mi falta, regalándole á V. S. unas botas de charol; las mejores que tengo en mi tienda.

CAR. No admito regalos; quiero pedirle al conde que le ponga en un presidio.

CRIS. Por la Virgen Santísima, no lo volveré á hacer mas!

CAR. Nada, nada; á presidio!

ESCENA X.

Dichos y DON PANTALEON, de etiqueta.

PAN. (Qué escucho! Tanto poder tiene este hombre? Necesito captarme su voluntad.) Se puede pasar, señor don Carlos?

CAR. No estoy visible; estoy comiendo.

PAN. Soy yo; don Pantaleon, su suegro de usted.

CAR. (Mi suegro!) Adelante, señor suegro. No habia conocido... Estaba entregado á las dulzuras del alimento; tome usted asiento, y me acompañará. (se sienta y continua.)

PAN. Gracias! (se sienta tambien.)

CRIS. Señor, me perdona V. S.?

CAR. Nada, nada; á Ceuta!

PAN. Venia, porque mi niña no cesa de llorar, y dice que se morirá si no la caso en seguida con usted. He tomado informes de su familia, y he sacado en limpio que su padre era muy buen sugeto, y muy amigo mio. Por consiguiente, para castigarme de mi arrebatado de ésta mañana, y para que nadie tenga que murmurar de la entrevista que tuvieron ustedes á solas, he resuelto concederle la mano de mi hija, y un dote considerable. De modo, que si usted quiere, esta noche se firman los contratos.

CAR. Corriente; no anhelaba otra dicha mi corazón. Qué lástima que no esté aqui el conde, para que fuera nuestro padrino.

PAN. Sin embargo, queda nombrado para el primer hijo que tengan ustedes...

CAR. No se excusará: me quiere, y...

PAN. Conque estamos convenidos? Voy á darle tan buena noticia á mi niña; y en seguida á disponer lo necesario para esta noche. Adios, hijo mio!

CAR. Adios, papá! Deme usted á besar su mano.

PAN. Dios te haga un santo. (vase.)

CRIS. Señor, ¿me perdona V. S.?

CAR. Agradece á que me caso, que sino... estás perdonado.

CRIS. Gracias, señor! Voy por las botas de...

CAR. Anda con Dios.

ESCENA X.

CARLOS, á poco DOMINGO, con postres.

CAR. Pues señor, se acabaron mis penas. Botas de charol, vestido nuevo, barriga llena, dinero... y sobre todo, una boda con todas las ventajas que pudiera desear el mas descontentadizo! Qué mudanza tan inesperada! Y ¿habrá quien no tenga esperanza de ser alguna vez dichoso? Todos deben tenerla. La fortuna es una rueda que no para de dar vueltas, y que se cambia con mas velocidad que las decoraciones de una comedia de magia. De un salon á una casa pobre; de una cabaña á un palacio. Asi está dispuesto. Sigamos nuestro destino, hasta que acabemos con...

DOM. Lus postres, Escelentísimo Señor! (saliendo.)

CAR. Tiene razon; acabemos con los postres.

DOM. Con que se casa su Escelentísima con la señorita Enriqueta?

CAR. Me caso.

DOM. Qué buena noche vá á pasar su merced, caramba! Es muy bonita la señorita doña Enriqueta! Tiene unos ojillos tan zaragatones!...

CAR. A ver si callas, bárbaro!

DOM. Callu porque usia me lu manda.

CAR. Llévate esos platos.

DOM. Al momentu.

CAR. Cuida de cumplir con tu destino, y nada mas.

DOM. Y qué destino es el mio, señoritu?

CAR. Perro mayor de mis haciendas.

DOM. Yo perru mayor! Gracias, Escelentísimo Señor. Aqui está el señoritu don Enrique.

ESCENA XI.

CARLOS y ENRIQUE.

ENR. Y bien, Carlos?

CAR. Querido Enrique... (se abrazan.)

ENR. Qué tal? Estás mas tranquilo que hace dos horas?

CAR. No puedes figurarte lo que ha pasado por mí desde que no te veo! Qué de fatigas!... Qué de riñas!... qué de disgustos!... Pero ha cambiado la escena del modo mas extraordinario que te puedes figurar; y si te dijese...

ENR. Preveo el desenlace.

CAR. Esta mañana unos me mataban de hambre, y otros me querian cortar las orejas; ésta tarde me traen una suculenta comida, me regalan un traje completo, y se empeñan en que he de aceptar un par de botas; y para colmo de dicha, van á casarme con la muger que adoro! Qué me dices á esto, amigo mio?

ENR. Que el mundo es incomprendible, y lo será mientras exista. De todo ese cambio repentino, de tan buena suerte, es el único móvil la luneta del Conde.

CAR. Ya!

ENR. El Conde tiene grande influjo en la corte; es pariente del presidente del consejo de ministros, y tú has ocupado unas noches su luneta, por estar él ausente, y esto ha bastado. Han creido que el Conde te la habia cedido, y que por consiguiente, eres su protegido, su favorito. De manera, que con poco que he ayudado á sostener el error, no habrá quien les quite de la cabeza, que eres una persona de posicion, y que tu amistad les es de la mayor utilidad para sus pretensiones. Calculé todo esto; y contando con la miseria humana, y con la ignorancia de esa jente, he manejado el asunto de manera, que antes de terminar el dia, se habrá asegurado tu felicidad para siempre.

CAR. Cómo podré recompensarte?...

ENR. Ya tengo la recompensa, en el placer que experimento.

CAR. Sabes lo que temo? Que desengañados de su error, no me den entre todos una paliza.

ENR. Descuida; cuando seas el esposo de la hija de don Pantaleon, puedes dormir tranquilo. Pagará tus deudas, y serás feliz. Rabiara un poquito, pero al fin concluirá por perdonarte.

CAR. Dios te oiga!

ENR. No cabe duda. Ahora, lo que conviene es, no olvidar el papel que representas. He dicho á tu suegro, que tenias que marchar á Madrid, por orden del Conde, á desempeñar un destino de secretario privado, y que por consiguiente seria muy del caso que los contratos se firmasen hoy mismo. No quiere perder la ocasion, y ha mandado buscar un notario y los testigos.

CAR. Lo dicho; una boda por ferro-carril! Dios mio! Cuántas emociones en tan poco tiempo!... Estoy medio alelado. Ya se vé, éstas peripecias son capaces de volver loco al hombre mas cuerdo.

## ESCENA XII.

Dichos y DOMINGO.

DOM. Escelentísimo señor!...

ENRIQUE. (Aprieta!) (riendo.)

DOM. Acaban de liejar tres pajarracos, que dicen se llaman el notario y los testigos.

CAR. (Cielos! Conque es verdad que se acerca el instante de mi dicha! El corazón se quiere salir del pecho! Creo que voy á desmayar de alegría!

ENRIQUE. (Vamos, valor! No lo vayas á echar á perder.)

CAR. (No tengas cuidado.) Como tan de repente viene esta dicha, no es extraño que sienta las opresiones del corazón.

DOM. Quiere su Escelencia un poco de ajua?

CAR. No! (gritando.)

DOM. Ave María purísima! (dando un salto.)

CAR. No piensas más que en el agua!

DOM. Como que soy ajuador; y hace falta para la cosecha.

ENRIQUE. Además, es anfibio... y por eso...

DOM. Qué cosa es esa?

ENRIQUE. No lo sabes?

DOM. No señor.

ENRIQUE. Pues apréndelo.

DOM. Yo lo preguntaré.

## ESCENA XIII.

Dichos y don PANTALEÓN.

PAN. Carlos, hijo, todo está dispuesto en mi habitación para que se firmen los contratos, y los amigos nos esperan impacientes. Si este caballero se digna acompañarnos, puede servir de testigo.

ENRIQUE. Con mucho gusto.

CAR. El caso es... que no me he vestido... estoy esperando á mi sastre...

PAN. Estás perfectamente; además, no salimos de casa.

CAR. Si es así, cuando usted guste, suegro mio.

PAN. A mi habitación, señores.

## ESCENA XIV.

DOMINGO, despues CRISPIN.

DOM. Al fin van á firmar los contratos; van á casarse! Quién pudiera hacer otro tanto! Y no que pasen unos berrenchines cuando me encuentren sin... botones en la camisa!... Como ha de ser; paciencia. Me contentaré con las propinas que me den los esposos y... vamos viviendo. Don Carlos es muy franco, muy buen sujeto. El que nun me gusta mucho es su amigo don Enrique. Tiene unas cusas, y me dice unos di charachus... Anfibio!... Que demonio quiere decir anfibio? Yo lo preguntaré.

CRIS. Está su señoría?

DOM. Está casándose.

CRIS. Casándose! Vamos, ya sé. Entonces le esperaré, porque tengo que presentarle estas botas.

DOM. Díjame su merced, don Crispin; ¿Sabe lo que quiere decir... Anfibio?

CRIS. Anfibio... Anfibio! No lo sé; pero me parece que anfibio quiere decir Maricon. (vase.)

## ESCENA XV.

DOMINGO y á poco MARCOS.

DOM. Canastus! Y de donde saca don Enrique que

yo sea maricon? Ocurréncia con ella! Maricon! En Juicia nun nace ninjam mar con, al menos que yo haya vista. Maricon á mi, que soy el machu mas completo que ha nacido en mi tierra. Ese hombre está barracho.

MAR. Ola, Domingo; y don Carlos, no está en casa?

DOM. Está en casa de don Pantaleon firmando los contratos.

MAR. Los contratos?

DOM. Si señor, se casa.

MAR. Con la hija de don Pantaleon?

DOM. Justamente.

MAR. Canario, que fortunat! Quién le hubiera dicho que habia de verse tan alhagado de la suerte, marido de una joven rica, favorecido de un conde, y su secretario privado?

DOM. Caprichus de la suerte. Nun tendrá nunca conmigo esos caprichus esa señora. Y quién sabe...

Puede que lleje á ser un dia Canunigu ó general; nun seria el primeru.

MAR. Me ocurre una idea; dices que se casan esta noche?

DOM. Si señor.

MAR. Pues no seria malo darles una sorpresa, prepararles un golpe de teatro, que me granjease sus simpatias... Si, si, voy á ejecutar mi proyecto.

DOM. Y cuál?

MAR. Nada, nada; ya lo sabrás. (vase.)

## ESCENA XVI.

DOMINGO y á poco CARLOS, ENRIQUETA, ENRIQUE, DON PANTALEÓN, ESTEFANIA.

DOM. Qué diablus le habrá picado...! Estos sastres son el demoniu! Maricon! Nun puedo olvidar la palabreja.

CAR. Será cierto, Enriqueta, que estamos casados? Que ya eres mia?

ENRIQUETA. Para mientras viva.

DOM. (Si non se diburcian antes.)

CAR. Que felicidad, amiga mia. Dame un abrazo para que lo crea.

ENRIQUETA. Con toda mi alma. (se abrazan.)

DOM. (Aprieta!)

CAR. Querido suegro!

PAN. Llámame padre.

CAR. Padre mio, os doy gacias por la felicidad que me habeis proporcionado. No la merezco; un pobre sin mas bienes que... (enternecido.)

ENRIQUE. (Carlos!)

CAR. Porque aun cuando soy secretario privado del Conde, hasta que tome posesion de mi empleo... Sin embargo, el Conde me quiere mucho, y puede colocarme de ministro, de capitan general, de embajador... entonces, todo para mi Enriqueta, todo para mi suegro, todo para mis hijos, todo para mi amigo...

ENRIQUE. (Gracias!)

CAR. Todo para... no; para usted nada. (á Estefania.)

ESTEFANIA. Con ser su ama de llaves, me contento.

DOM. Yo mozo de compra.

CAR. Veremos.

## ESCENA XVII.

Dichos y CRISPIN.

CRIS. Da usted permiso, señor don Carlos?

CAR. Adelante.

CRIS. Vengo, con su licencia, á traerle este par de

botas que no se las pondrá mejores el Emperador de Rusia.

CAR. Dáselas á ese criado.

DOM. Gracias, señor! (Qué franco es! El Domingú me las pongu.)

CAR. Cuánto te debo?

CRIS. Nada, señor.

CAR. Te tendré presente... (Por mentecato!)

ESCENA XVIII.

Dichos y MARCOS, y un criado con bandeja.

MAR. Señor don Carlos! Dispéñeme su señoría la tardanza. Aquí le traigo un chaleco, un pantalon y un rico frae, que debe estarle pintado, porque como tengo la medida en casa...

CAR. Dáselos al criado.

DOM. (Otru rejalu!) Muchisimas gracias! (Mañana vuy á mi casa cun ellu; de esta echa me sale una novia cundesal!)

CAR. Cuánto te debo?

MAR. No corre prisa.

CAR. (En cuanto se descubra el enredo, me ahorcan entre todos. (á Enrique.)

ENRIQUE. (Tu suegro lo pagará.)

CAR. (Entonces, se ahorca mi suegro ) Pero qué significa eso? (música en la calle.)

PAN. Qué ruido es ese?

DOM. Habrán bajadu el pan?

ENRIQUETA. Qué música tan bonita!

DOM. Será una cencerrada?

ENRIQUE. Qué quiere decir esto?

MAR. No hay que alarmarse, señores. Esa música la pago yo, con el objeto de felicitar al señor don Carlos y á la señora Enriqueta por su feliz enlace.

PAN. Sea para bien.

CAR. Gracias! (El casamiento de un sultan, ni mas ni menos!) (á Enrique)

ENRIQUE. (No te quejarás.) (á Carlos.)

CAR. (Esto es un sueño!)

DOM. Viva la música! Viva don Pantaleon! Vivan los novius! (gritando.)

TODOS. Vivan!

CAR. ( Esto se vá haciendo ridículo.) (á Enrique.)

ENRIQUE. (Para ellos, que lo pagan; pero no tengas cuidado, la ridiculez es un alimento para esta clase de jente.) (á Carlos.)

DOM. Les digu á lus músicos que sigan tocandu?

ENRIQUE. No, si los señores no mandan otra cosa, se acerca la hora del teatro, y tengo que marcharme. Sin embargo, he tomado un palco para esta señora y su papa; y creo que no me lo desairarán; es buena funcion.

ENRIQUETA. Cómo se titula!

ENRIQUE. La Rueda de la Fortuna.

ENRIQUETA. Vamos, Carlos?

PAN. Si, que hoy es dia de divertirse.

EST. Yo tendré prevenido un refresco para cuando vengan ustedes.

DOM. Hace falta ajua? (vivamente.)

EST. Un demonio!

DOM. Pudiera ser.

CAR. Es un macho este Domingo!

DOM. Pues nun falta quien diga que soy Maricon.

ENRIQUE. Conque, señores!... (tomando el sombrero.)

ENRIQUETA. Voy á vestirme para el teatro.

PAN. Corriendo.

CAR. Aqui esperamos.

PAN. (Carlos, quiero que escribas esta noche al Conde, para que influya en mi favor sobre un negocio de interés que traigo entre manos; una concesion de ferro-carril.)

CAR. Descuide usted; mañana le escribiré... y... es cosa hecha.

ENRIQUETA. Vienes, papá? (desde el foro.)

PAN. Ya voy, hija. (He hecho una buena boda! Este es el mejor de mis negocios!)

ESCENA ULTIMA.

CARLOS y ENRIQUE.

CAR. Venga un abrazo, amigo mio!

ENRIQUE. Con toda mi alma. Eres feliz?

CAR. Si, Enrique, y á tí te lo debo!

ENRIQUE. No, Carlos; se lo debes á la necedad de esa gente, y sobre todo... á La Luneta de un título.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1862:—Imp. de PASCUAL CONESA.

Calle de Toledo, núm. 69, Junto á S. Millan.





